

El ángel que enseñó amor a un demonio

Bruno Gili



Capítulo 1

En una era lejana, en el Japón feudal, un joven demonio llamado Hikaru escapó del infierno. Ya no le llenaban el sufrimiento y el odio de las personas, estaba aburrido. Así que decidió visitar el mundo humano.

'¿Por qué se juntan entre ellos para vivir una corta vida? ¿Por qué aman? Siempre hablan de amor, nunca entenderé qué es eso.' - se preguntaba él continuamente.

Cuando llegó al mundo mortal (así lo llamaba él) adoptó una forma semihumana para pasar más desapercibido. Su pelo era negro como la noche y el iris de sus ojos lucía el color de una tenue llama. Sus rasgos poseían una belleza demoníaca, capaz de seducir a cualquier mujer. De su dentadura sobresalían unos pequeños colmillos y de su larga túnica color carmesí salían unas manos a primera vista humanas, pero con afiladas garras que podían cortar árboles e incluso montañas.

Una noche bajo la enorme y resplandeciente Luna llena, Hikaru caminaba por las profundidades del bosque cuando divisó a lo lejos una luz centelleante que venía de entre los árboles.

Atraído por ella, fue hacia allí sin pensarlo. Tras pasar unos arbustos, vio bajo un gran árbol a una hermosa joven que peinaba su larguísimo cabello, tan rubio y reluciente que parecía hecho con rayos del Sol. Su rostro de tez blanca era pulcro, angelical. Iba vestida con una hakama color turquesa atada sobre una camisa blanca de hombros sueltos que quedaba por dentro de esta. Aquella joven desprendía una pureza inalcanzable.

Hikaru se acercó a ella con cautela, y ella, al sentir su presencia se dio la vuelta para verle. Sus ojos eran de un color turquesa a juego con su hakama, y brillaban con una fuerza proveniente de otro mundo. Con ellos miró fijamente a Hikaru y al momento supo que se trataba de un demonio, y él también sabía que se encontraba ante un ángel.

- No me gusta tu olor, apesta a ángel. ¿Eres un ángel? Responde. - preguntó Hikaru amenazante.

- Ella, riendo por dentro, hizo una pequeña mueca ocultando su sonrisa.

- ¿Qué haces tú aquí? ¿Por qué no estás en el cielo? - preguntó nuevamente el demonio con la esperanza de obtener por fin una respuesta.

- No soy "tú". ¿Entendido? Mi nombre es Kiyomi. Estoy aquí porque me sentía realmente cansada de estar en el cielo, de siempre lo mismo, así que decidí bajar al mundo humano. Y dime, ¿cual es tu nombre, demonio? ¿Un demonio como tú no debería estar en el infierno? - respondió el ángel por fin.

- Mi nombre es Hikaru, recuérdalo bien. El infierno también es muy aburrido. Quiero comprender y ver más de cerca a los humanos, son débiles pero a la vez me parecen unos seres fascinantes. - respondió él. Ella le observaba en silencio, analizando sus palabras.

- ¿Y qué has venido hacer al mundo humano? - preguntó Hikaru.

- Vine a purificar las almas y los corazones ennegrecidos de los desafortunados y a descubrir los diferentes rincones que esconde este mundo. En el tiempo que llevo aquí he aprendido mucho sobre los humanos, y me quedaré aquí cumpliendo con mi cometido. Imagino que tú te opondrás a ello, ¿verdad? No intervengas o te haré desaparecer. - amenazó ella con sosiego. Sus palabras transmitían calma en su interior a la vez que una gran seguridad en sí misma.

Tal era la pureza de Kiyomi que podía exterminar a cualquier demonio sin despeinarse y su corazón poseía una grandeza capaz de formar eclipses.

- A mi ya me da igual, por mi haz lo que quieras. - respondió Hikaru mirando hacia un lado con despreocupación.

Kiyomi no lo reflejaba en su rostro pero estaba realmente sorprendida por la forma de pensar de aquel demonio.

- Los humanos siempre están en busca de amor y felicidad, no entiendo que es eso ni porque necesitan tanto esas cosas. - dijo Hikaru mientras rascaba su barbilla intrigado.

Kyomi se acercó a él lentamente y le miró fijamente a los ojos.

- ¿Qué...qué haces? ¿Qué pasa? ¡No te acerques tanto!- exclamó Hikaru retrocediendo unos pasos.

Y no es que él le tuviera miedo, Hikaru no temía a nada ni a nadie. Pero si un ángel y un demonio llegaban a tocarse, perderían sus poderes e

inmortalidad, convertidos en humanos. Y ambos lo sabían.

Ella volteó para marcharse, meciendo su pelo con divina sensualidad.

- Mañana, cuando la Luna esté a esta misma altura, nos vemos a los pies de este árbol. Te mostraré algo, demonio. - dijo Kiyomi mientras se alejaba.

De pronto su figura se iluminó hasta desvanecerse en luminiscentes cristales turquesas que se dispersaron en el cielo, fundiéndose en la noche.

Hikaru se subió a una rama para observar la Luna más de cerca y se quedó allí sumido en sus pensamientos y el silencio de la noche.

El día siguiente, al anochecer, como habían acordado se vieron bajo el gran árbol. Kiyomi le condujo hacia una pequeña aldea cercana.

Una vez allí, fueron hacia una casita que emanaba una cálida luz y sin hacer ruido se asomaron a la ventana.

Había dos niños que jugaban persiguiéndose por toda la casa y la madre, en una gran olla preparaba una rica cena.

- Huele de maravilla. - susurró Hikaru inhalando tanto cuanto pudo.

- No te fijas en lo que debes, solo piensas en comer estúpido.- replicó Kiyomi.

Entonces alguien llegó a la casa. Era el padre. Él fue directo hacia la mujer, abrazándola por detrás.

"Te echaba de menos" le dijo ella recostando su cabeza en él y acariciando los brazos que la envolvían.

En ese momento Hikaru y Kiyomi se miraron pero rápidamente los dos giraron sus caras, avergonzados.

Los niños, entusiasmados por la llegada de su padre después de un largo día sin verle, fueron corriendo hacia él gritando: "¡Papá! ¡Papá!" Abrazándolo y tirándole del pantalón. El padre cogió a los pequeños en brazos, como si fueran dos sacos de patatas. Un niño gritaba: "¡Sí papá!" Y el otro: "¡Bájame". Padre y madre reían de felicidad.

- Ves, esto se llama familia. La persona que tiene una, es muy afortunada. Y el lugar donde viven es más que una casa, es algo que ellos llaman

hogar.- explicó Kyomi a Hikaru en voz baja.

- Ya veo...- y la tripa de Hikaru comenzó a rugir tan fuerte que tuvieron que marcharse del lugar.

- Demonio estúpido. ¡Solo piensas en comer! - le gritó ella mientras huían para no ser vistos.

Pasó el tiempo y los dos aprendieron mucho de los humanos, y también el uno del otro. Pasaban los días recorriendo los templos y sus jardines. Kiyomi olía las flores, y Hikaru la observaba. Kiyomi jugaba con los niños y Hikaru la observaba. Él se mantenía al margen, pero siempre estaba ahí.

Una noche, sentados en el césped a orillas del río, bajo la inmensidad del cielo estrellado:

- Kiyomi, ¿qué es la felicidad?

- La felicidad es el equilibrio de los sentimientos. Cuando logras esa armonía, esa paz interior, te sientes feliz. Cuando no necesitas nada más de lo que ya posees, cuando gozas de la ausencia de deseo eres feliz.

- Ya veo. ¿Y tú? ¿Eres feliz?

- Sinceramente, estoy cansada. He dedicado prácticamente toda mi vida a ayudar a los demás. Vivo en constante lucha y solo desearía ser una mujer normal y llevar una vida normal. Ser una humana. Eso me haría libre y me dejaría ser feliz, ya que ahora, no me es permitido sentir, eso me haría débil. No puedo mostrar debilidad ante los demonios en mi cometido como ángel. Hikaru, ¿nunca has pensado en convertirte en humano?

Hikaru no respondió. Su mirada se perdía en el reflejo de la Luna sobre el río.

Entonces, una luciérnaga se posó sobre la nariz de Kiyomi iluminando la belleza de su rostro, y otra sobre la nariz de Hikaru. Cuando Hikaru y Kiyomi se miraron, las dos luciérnagas emprendieron el vuelo juntas hacia el cielo, convirtiéndose en dos estrellas más del firmamento.

Kiyomi se levantó y fue en dirección hacia el agua. Desató su hakama dejándola caer despacio junto al resto de su ropa con cada paso que daba. Avanzaba lenta, sensual, con suma conciencia en cada paso. Su blanca piel reflejaba la luz lunar mientras su hedónica figura se adentraba lentamente en el agua, y Hikaru, la seguía con su mirada.

Conforme pasaban los días junto a Kiyomi , la maldad de Hikaru iba desapareciendo.

Kiyomi seguía purificando y ayudando a todo aquel que lo necesitase. Y Hikaru, la protegía de cualquier demonio que quisiera impedirlo.

Una hermosa tarde de otoño, Hikaru estaba subido sobre la rama de un almendro y el Sol se despedía tras las colinas orientales. Desde allí, podía ver a Kiyomi a pocos metros de los pies del árbol, acariciando el lomo de un joven cervatillo.

El animal se colocó frente a ella e hizo una elegante reverencia. Kiyomi, puso una mano entre los ojos del cervatillo, de la que salió un gran destello que cegó a Hikaru por un instante. Cuando la luz se había disipado, el cervatillo se había convertido en un majestuoso ciervo, con astas tan grandes que podían intimidar a cualquier enemigo.

La imagen de aquellas dos bellas criaturas juntas era algo inefable. Tanta era la belleza y la pureza de Kiyomi que algo ingobernable floreció en el interior de Hikaru.

Intensas emociones florecían de lo más profundo de su ser.

-¿Será esto lo que llaman sentimientos? ¿Es esto lo que sienten los humanos? Pero si soy un demonio, yo no tengo corazón. ¿Cómo puede ser? ¿Qué me pasa? - se preguntaba Hikaru tocándose el pecho, embelesado.

El reno, con paso elegante, abandonó el lugar adentrándose en el bosque y Kiyomi, se dio la vuelta alzando la vista hacia Hikaru.

- ¡Hikaru vamos baja de ahí!

Él bajó del árbol y decidido fue hacia Kiyomi frenando a escasos centímetros de ella, mirándola fijamente a los ojos de una manera como nunca antes lo había hecho. Una suave brisa otoñal pasaba entre ellos.

- Tienes una mirada muy profunda para carecer de corazón. Sí pusiese mi mano sobre tu pecho podría descubrir si realmente tienes uno. Hikaru cerró los ojos, inspiró y volvió a mirar dulcemente a Kiyomi.

- Puedo ver el cielo en tus ojos. - dijo él seriamente perdiéndose en sus celestiales ojos turquesas. Kiyomi, con su corazón inerme, tardó un poco en responder.

- Puedo ver un intenso fuego en los tuyos. Un fuego que arde ya muy

lejos del infierno.- respondió finalmente endulzando el tono de su voz.

- Kiyomi...

- Solo quiero ser una mujer normal. No quiero esta inmortalidad si no puedo tenerte, si no puedo tocarte. Una vida eterna no tiene sentido si no es a tu lado. Quiero convertirme en humana y tener un lugar al que pueda llamar hogar. Un hogar contigo.

- Ya no quiero ser un demonio. Quiero tocarte, tocar tu rostro, cada parte de tí, conocer lo que es tener una familia, lo que es valorar el vivir para después morir. Y aunque solo sea por un tiempo, quiero vivirlo junto a tí.

Hikaru, lentamente, con su mano se atrevió a intentar tocar el rostro de Kiyomi, pero ella se apartó.

- No, todavía no. Mañana al ponerse el Sol nos veremos junto al lago. Espera hasta entonces.

Hikaru asintió cerrando sus ojos e inhalando aquel perfume que aunque él siempre lo había negado, le enloquecía. Se oyó el sonido de una campanilla de viento y cuando los abrió, Kiyomi se había convertido en un luminoso y cristalino polvo que se desvanecía en el cielo, un cielo que ardía ya en tonos rosáceos y púrpuras.

Al atardecer del día siguiente se vieron junto al lago, y allí, tomaron una barca hacia la parte más onda, bajo el diamantino reflejo del Sol tardío. De pie en la barca uno frente al otro, confesaron su amor:

- Te amo Hikaru.

- Te amo Kiyomi. Gracias, gracias por enseñarme a sentir. Has enseñado a amar a un demonio.

-¿Cómo eres capaz de amar si careces de corazón?

- No necesito un corazón para amarte Kiyomi, te amo con todo mi ser.

- Hikaru....

Las dos siluetas, ensombrecidas a contraluz del Sol poniente, acercaron sus rostros, dejando pasar un rayo de luz entre ellos. Y cuando sus bocas estaban a milímetros de tocarse...

- Envuélveme con tus nubes...

- Quémame con tu fuego...

Y sus labios se juntaron fundiéndose en un gran beso que tapó aquella luz crepusculina.

El Sol descendía tras sus unidas siluetas, escondiéndose en el horizonte.

Y así, ángel y demonio renunciaron a su inmortalidad por una vida mortal juntos. Y era tras era, su amor perduró a través de las épocas, quedándose en el mundo por toda la eternidad. Ahora su recuerdo sigue vivo entre la gente, enseñando a todos que no existe poder más valioso que el del amor.

Kiyomi: pura y hermosa

Hikaru: Luz o resplandor

.

.